

Conforme a Cristo

T. Austin Sparks

CONTENIDO

Nota preliminar

1. ¿Qué es la iglesia y cuáles son las iglesias?.....	5
2. La insatisfacción divina.....	13
3. La devastación de la cruz.....	18
4. El testimonio de Esteban.....	27

NOTA PRELIMINAR

Durante los muchos años de este ministerio hablado y escrito, mucho se ha dicho con relación a la Iglesia. Esto ha llevado a no pocas consultas informativas de los muchos que están en dificultad sobre este asunto. Muchos de los encargados de atender las solicitudes de información están en posiciones de responsabilidad en la obra del Señor. Es un signo de los tiempos que hay un avivamiento muy importante de interés con relación a la Iglesia. Numerosas conferencias sobre el tema se están desarrollando, muchos movimientos de "iglesia" están en marcha, y se está publicando una muy considerable cantidad de literatura.

No es nuestra intención entrar en el campo de discusión y controversia con relación a este asunto en general. Las preguntas que nos llegan casi en su totalidad se relacionan con la naturaleza esencial de la iglesia del "Nuevo Testamento": cómo se forma una iglesia, cuáles son los principios que la rigen, y otras cuestiones similares.

Hay una buena porción de insatisfacción y malestar entre muchos creyentes sinceros y siervos de Dios, debido principalmente a los pobres principios, o incluso mal estado existentes en tantas iglesias. En no pocos casos es debido a un error en la enseñanza, o el desorden y el pecado. Muchos se quejan de hambre espiritual, y muchos más están cansados de formalismo y muerte espiritual. Si bien la iglesia perfecta nunca ha existido en esta tierra, y si bien siempre ha habido y siempre habrá defectos y debilidades, o peor aún, realmente hay una necesidad de una reconsideración, y una recuperación de la esencia y la función de la Iglesia, y por lo tanto, al tiempo que no pretendemos ser expertos en la materia, nos sentimos obligados a ofrecer lo que creemos que puede tener la luz en esta dirección. Esto es lo que nos proponemos hacer en uno o dos de los editoriales que integran este libro.

Capitulo Uno

QUÉ ES LA IGLESIA, Y CUÁLES SON LAS IGLESIAS

¿Tenemos en el Nuevo Testamento claramente definido y completamente puesto en marcha el plan de la Iglesia, su orden, su constitución, sus métodos y la obra? ¿Existe un conciso y elaborado sistema conforme la naturaleza de un "cianotipo", que está listo para copiar y reproducir en todas partes, y puede ser reconocido como cierto tipo en cada lugar? La respuesta es decididamente ¡No! Pero sí queremos plantear: ¿Hay en el Nuevo Testamento la revelación del pensamiento de Dios relacionado con la Iglesia, en su naturaleza, constitución, y vocación? No es una contradicción de lo dicho anteriormente, cuando decimos: Sí, decididamente ¡Sí!

Es posible tomar aspectos del Nuevo Testamento, como las doctrinas, prácticas, trabajo, métodos, y orden, y reunirlos juntamente, y enmarcarlos en un sistema para ser adoptado y aplicado. Esta es la mecánica o método "eclesiástico", y es capaz de generar una variedad casi infinita de presentaciones, dando lugar a una gran variedad de cuerpos organizados, y cada uno de los cuales capaz de afirmar tener el Nuevo Testamento por su autoridad. Esto se ha convertido en rivalidades, competitividad, controversia, y, finalmente, en la presentación al mundo de una cristiandad dividida en un gran número de partes independientes y sin relación entre sí, y eso está lejos de ser "todos hablan la misma cosa". El enfoque externo y objetivo para el Nuevo Testamento, con el fin de estudiarlo como un manual o libro de texto de la vida cristiana, la enseñanza y el trabajo, es falso, peligroso, y –tan lejos como tener algún verdadero resultado espiritual importante– muerte. Si Dios hubiese querido que sucesivas generaciones de cristianos imitaran a la primera, y avanzaran sobre la producción masiva del principio, seguramente Él habría visto de alguna manera la existencia de un prototipo preciso e inequívoco, con adecuados salvaguardias contra toda la confusión y la incompreensión que realmente ha sucedido.

Cuando los hombres, los cristianos, contemplan un proyecto que está destinado a durar un mandato considerable, ellos establecen precisamente sus "Principios y Práctica", que consiste en sus doctrinas, su finalidad, sus prácticas, sus métodos, y así sucesivamente. Dios no comisionó o permitió a sus primeros apóstoles que actuaran de esta manera, para que pudiéramos tener en Jerusalén o Antioquía el libro de registros o manual para las iglesias

cristianas. En la mente divina está todo definido, fijo, preciso y permanente, pero cuando llegamos al Nuevo Testamento, y especialmente el período de formación regulado por el Libro de los Hechos, todo aparece tan fluido, tan abierto y tan sujeto a probarlo. Existe la razón más maravillosa y sublime para esto, pero, antes de llegar a eso, vamos a señalar que el planteamiento a que nos hemos referido anteriormente es la causa de más limitación, estancamiento, legalidad mortal, que puede ser medida. En la doctrina, significa que la brújula doctrinal está encajonada, y ninguna luz nueva se permite como Palabra de Dios. Por supuesto, este es el peligro de la ortodoxia. El intenso deseo de salvaguardar las Escrituras puede llevar a un acordonamiento en contra de cualquier nueva luz de ellas en cuanto a significado e interpretación, y esto lo convierte en una posición espiritual estática. El orgullo espiritual, la intolerancia, la exclusión, la sospecha, son algunas de las hijas de este nefasto legalismo. Si Satanás no puede obligar a un extremo de la superioridad de la Palabra escrita, él tratará de atacar con lo contrario, la esclavitud a la letra sin espíritu.

El enfoque meramente objetivo de lo que hemos escrito, puede o no puede caracterizarse por todas los rasgos arriba mencionados, pero sin duda se limita en su poder espiritual y en los resultados. La responsabilidad de lo que se ha venido haciendo puede muy bien resultar siendo el fundamento de los hombres, de modo que todos los tipos de disposiciones y expedientes pueden ser recurrentes, a fin de que el resultado de ese trabajo y la institución puedan mantenerse y fomentarse. El cristianismo ha llegado casi en su totalidad a ser tal cosa ahora, y es prácticamente imposible para la gran mayoría de cristianos –sus líderes, especialmente– comprender e incluso creer que Dios puede hacer su trabajo sin comités, juntas, maquinaria, publicidad, organizaciones, recursos, informes, nombres, diputaciones, clientelismo, propaganda, publicidad, prensa, etc. A menos que estas cosas estén presentes con un respaldo "reconocido", la cosa no es de confianza, incluso si se cree que existe.

Somos conscientes de que lo anterior es principalmente negativo, pero es necesario para llevar a lo positivo, a la que ahora procedemos.

Hemos dicho que el Nuevo Testamento cuenta con una revelación, precisa, clara y completa, que es el pensamiento de Dios para esta dispensación, y que en esa revelación hay una respuesta a todas las preguntas de ¿Qué? ¿Quién? y ¿Cómo? en todos los asuntos de la constitución de la Iglesia y la vocación. ¿Qué es esa revelación? La respuesta es que no es un sistema como tal, sino una Persona. Lo que en el Nuevo Testamento es secundario, y una consecuencia, ahora se ha hecho primordial. Es decir, los resultados han venido a ser lo principal, lo que rige las cosas, mientras que lo que se sobrevino como la causa, se pasa por alto. Si miráramos de nuevo, veremos que nada de lo que coadyuvó

a la condición particular dada bajo la primera actividad del Espíritu Santo, fue el resultado de una visión de Cristo por parte de ellos. Con esto queremos decir lo que tenía en mente el Apóstol, cuando registró la esencia de su oración por los creyentes: "*que el Dios de nuestro Señor Jesucristo... os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...*", etc. (Efesios 1:17,18). Se trata de una visión de la enorme trascendencia de Jesús en el orden universal y eterno.

Con los apóstoles esa visión fue posterior a los días de la asociación física. Durante los cuarenta días después de Su resurrección fue como el amanecer de un nuevo día. En primer lugar, se trataba de ligeros indicios, como cuando la luz incierta sólo pasa por encima de los cielos. Entonces, más seguros y evidentes rayos conducen al Día de Pentecostés, cuando el sol apareció pleno de gloria en el horizonte disipando la última sombra de incertidumbre. En ese día ellos lo vieron como por un cielo abierto. El misterio del pasado fue despejado. La Biblia fue puesta al descubierto como un libro nuevo. Ellos lo vieron a la luz de la eternidad. Empezaron a ver que, mientras Él estuvo en la gloria, personal, Hijo de Dios, Él era la encarnación de un grande y un vasto orden y sistema celestial y espiritual. Esta visión fue absolutamente revolucionaria. Fue una crisis de la que nació un mundo nuevo y una nueva creación. Fiel a este principio fundamental, toda esta gran revelación, que ha llegado hasta los siglos, desde y a través del apóstol Pablo, tomó sus raíces en la crisis descrita por él como "*Quiso Dios... revelar a su Hijo en mí*" (Gal 1:16). «*Pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo*» (v. 12). Todos los implicados estaban en la crisis, todo el contenido fue una progresiva y creciente revelación.

Si bien hubo un testimonio inicial de los Apóstoles, no fue formulado en la conferencia de una empresa, una misión, con todas las disposiciones reglamentarias de una organización. La nueva vida se despojó de la estructura, y vistió al nuevo organismo con una nueva vestidura desde el interior. El poder, la energía y el impulso del Espíritu Santo en el interior, produjo un método y un orden, no pensados ni deseados por ellos, y siempre para su propia sorpresa. ¿Qué estaba sucediendo realmente? que Cristo fue tomando forma dentro de ellos, individual y colectivamente, por el nuevo nacimiento y el crecimiento. Los creyentes y su comunión mutua se estaban convirtiendo en una expresión de Cristo. Aquí, nos encontramos con la naturaleza esencial de la vida cristiana y la Iglesia.

¿Qué existe en el pensamiento de Dios respecto de los cristianos? ¿Qué hace que la Iglesia exista? ¿Qué hace que las iglesias locales existan? Sólo hay una respuesta. Su existencia y función se debe a que es una expresión de Cristo. No hay nada menos y nada más que eso. Cristo, para todos, es el Alfa y la Omega, el

principio y el fin. Que ese sea el punto de partida, que esa sea la norma de la economía y la realidad en todas las cuestiones de la vida y de la obra, y se vea de una vez el carácter y la vocación de la Iglesia. En este enorme e incomprensible sistema celestial, del cual Cristo es la encarnación personal, Él toca todos los detalles de la vida, personal y colectivamente.

Pero recuerde que sólo el Espíritu Santo ve y conoce lo que es eso; por esto, como al principio, tiene que haber una sumisión absoluta a la dirección por el señorío del Espíritu Santo. Lo que el flujo de sangre es al cuerpo humano, la vida divina es en "la Iglesia la cual es su cuerpo". Lo que el sistema nervioso es en el reino físico, el Espíritu Santo es en lo espiritual. Si tú llegas a entender todos los trabajos de estos dos sistemas en lo natural, empiezas a ver cómo Dios ha escrito sus grandes principios celestiales, en primer lugar en la persona de su Hijo, y luego en su cuerpo integral. Así como un creyente individual es el resultado de una procreación, una concepción, una formación, un nacimiento y una semejanza, de igual manera, en el Nuevo Testamento, ocurre con una iglesia local verdadera. Se trata de una reproducción de Cristo por el Espíritu Santo. El hombre no puede hacer, formar, producir o "establecer" esto. Tampoco puede nadie "unirse" o "inscribirse", o hacerse a sí mismo un miembro de este organismo. Primeramente es un embrión, y luego una "formación" de Cristo en nosotros.

Por lo tanto, todos dirán que "la formación de las iglesias del Nuevo Testamento" es un disparate. El comienzo se da en una visión de Cristo, y cuando dos o tres en un solo lugar lo han visto por el Espíritu Santo, y se han "engendrado de nuevo por la Palabra de Dios ", se encuentra el germen de una iglesia.

Eso, entonces, es el punto de partida. Pero, cómo es esto de drástico respecto del asunto de la revisión y restauración (véase la Nota preliminar). Si no lo sabíamos, tanto en los tiempos del Nuevo Testamento como en el mundo actual, han existido tales iglesias, y deberíamos estar en lo cierto al ver todo esto como cualquier misticismo o idealismo; como irreal e imposible, pero es sólo cuando no ha habido esa visión de Cristo, y cuando hay un compromiso matrimonial con un sistema meramente tradicional, que puede ser considerado como tal.

Tendremos que dejar de mirar a la Iglesia y las iglesias, y buscar de nuevo, largo y tendido, en Cristo, porque verle por el Espíritu es ver a la Iglesia.

Vamos a resumir lo que hemos dicho.

1. Esta consideración es en respuesta a las solicitudes de información en cuanto a la verdadera naturaleza de la Iglesia, y especialmente de las iglesias locales.

2. El enfoque objetivo para el Nuevo Testamento, con miras a la formulación en su contexto de un modelo para ser imitado, copiado y reproducido como "iglesias del Nuevo Testamento", es un error. Cada quien es llevado sólo a una serie de conclusiones, y por lo tanto llevado a las "denominaciones", o a los resultados en algo fijo, estático y legalista. Esto, a su vez conduce a las rivalidades, a las sospechas, a los temores de "robo de ovejas" y la pérdida de «miembros», etc.

3. El origen de la Iglesia, y de las iglesias, fue una revelación de Cristo por el Espíritu Santo. Tan cierto como dijo Jesús: *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"*, también es verdad, aunque no lo expresa en una frase precisa y similar, que el Nuevo Testamento enseña que el que ha visto a Cristo ha visto la Iglesia: a favor, aunque Cristo conserva su personalidad, la individualidad e identidad distintiva, la Iglesia es la expresión corporativa de Él.

Así realmente como hubo un "misterio", como sucedió con Cristo en los días de su carne, que no podía ser realmente visto y reconocido aparte de una intervención de Dios, como dar vista a los ciegos, así también la Iglesia como Cuerpo de Cristo exige una mirada similar de ojos abiertos para ver la obra del Espíritu Santo, para un conocimiento potente y dinámico de su verdadera naturaleza y vocación (cfr. Efesios 1:17, etc.).

El reconocimiento de la Iglesia es un acontecimiento que es de carácter tan revolucionario como la emancipación de todo lo meramente tradicional, histórico y de los sistemas terrenales: como lo ven a los apóstoles, y especialmente Pablo.

4. La Iglesia no se formó por alguna conferencia, convocatoria, organización, concilio o plan meramente humano.

La Iglesia, y también las iglesias, han nacido. Fue depositada una semilla de vida – la verdad acerca de Jesús, en el poder del Espíritu Santo. La Palabra y el Espíritu, unidos con el espíritu vivificado de los creyentes, formó un embrión, y esto produjo un organismo. Todo el proceso fue biológico en lugar de mecánico. *"No son engendrados de sangre (sangres), ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios"* (Juan 1:13). Tanto la Iglesia, y cualquiera verdadera iglesia local, como cualquier verdadero hijo de Dios, es producto de un nacimiento por la acción del Espíritu Santo. "Dos o tres" en Cristo es un núcleo local de la iglesia.

5. La función y la vocación de la Iglesia, y de las iglesias, es llevar a Cristo en cualquier lugar en esta tierra. La prueba es siempre y solamente qué de sí, y cuánto es encontrado Cristo, reunido con, y ministrado allí. Cualquier cosa y todo lo que en realidad no lleve a Cristo, o ministre para Su incremento, no tiene lugar en una iglesia verdadera.

En su propósito y naturaleza la Iglesia es Cristo, y también lo son las iglesias locales; ni más ni menos.

Habiendo dicho esto, antes de pasar al aspecto constructivo de esta cuestión, hay dos discriminaciones y distinciones importantes que hacer.

En primer lugar, la Iglesia no es co-extensiva con el "cristianismo".

Lo que se llama "cristianismo" es un enorme conglomerado y masa de contradicciones. La Iglesia no es una contradicción en sí misma, y no permitirá que su nombre sea usado para cubrir las posibles contradicciones. Cristo no es ni dividido, ni contradictorio. Lo que ahora se conoce por el nombre de "cristianismo" abarca entre sus dos polos casi todos las apariencias concebibles y contradictorias. En un polo tiene la faceta de un liberalismo que niega toda verdad fundamental en cuanto a la persona de Cristo, la autoridad y la confiabilidad de las Escrituras, la obra expiatoria de la cruz, la resurrección corporal de Cristo, y así sucesivamente. Pero todo esto está incluido en el título de "cristianismo". En el otro polo tenemos un duro, cruel, intolerante legalismo, que puede recurrir a la fuerza física y al uso de armas letales para su defensa o propagación. Sabemos de casos de violencia física real entre los líderes de lo que se llamaría cuerpos "evangélicos" (o fundamentalistas). Esto también se incluye en el término "cristianismo". Entre los dos extremos hay muchas cosas que llevan un carácter que es la contradicción más violenta de Cristo.

No, la Iglesia no es co-extensiva con esa confusión y Babel de lenguas. Todo lo que se refiere a la Iglesia en el Nuevo Testamento muestra que es muy diferente de lo que –en general– se llama cristianismo. "Cristiano", originalmente, sólo quería decir «Cristo uno». Es un golpe maestro del gran detractor y difamador de Cristo, quien por una parte, osó haberle colocado ese título, tanto que realmente no lo podrá soportar; y por otra parte haber confundido a la Iglesia, de modo que la palabra "iglesia" puede aplicarse a casi cualquier cosa, a un edificio, a una institución, a una denominación, etc. La Iglesia es santa, sagrada, indivisible, celestial, y todos sus miembros somos de Dios. No sólo sagrada en lo ceremonial, sino de manera intrínseca.

La segunda cosa, por vía de distinción, es que hay una diferencia entre estar en la Iglesia y la comprensión de lo que eso significa.

No es una diferencia esencial, sino una que puede resultar tanto de una aprehensión imperfecta de Cristo o de una instrucción inadecuada. La mayor parte del Nuevo Testamento se refiere a reparar esta brecha. Es decir, que se ocupa de hacer que los creyentes lleguen a entender lo que han llegado a ser a través de la fe en Jesucristo. Este conocimiento demuestra que es muy grande y de vital importancia. Cualquiera que sea la enseñanza barata y frívola de muchos, de que la única necesidad es ser "salvado" y todo está bien –una

enseñanza que supone no poca medida del deplorable estado presente en el cristianismo–, en lo cual el bloque de los Apóstoles positivamente no tuvo nada que ver. Al contrario, ellos “trabajaron noche y día” para que los creyentes pudieran saber lo que había entrado en ellos. Todos los eternos consejos acerca de Cristo y el propósito eterno de Dios, así como a Él, también están ligados a la Iglesia. Hay muchos y grandes valores en la vida de la Iglesia verdadera, es decir, un verdadero cuerpo inter-relacionado; y en ese punto puede solamente haber muy grande pérdida, de no conocerse o aprehender esto.

Lo que se llama "cristianismo" no es inexpugnable, ¡la Iglesia lo es! El "cristianismo", llamado así, no es eterno, ¡la Iglesia lo es! El "cristianismo" va a ser sacudido y llevado a su colapso. En cambio, las puertas del Hades no prevalecerán contra la Iglesia. Alguien que habla con conocimiento y autoridad ha escrito recientemente: "No tiene don profético particular, con un grado razonable de precisión para ver lo que será el resultado. Desde alguna dirección, la dura realidad golpeará rápido y duro, y los millones que se habían refugiado bajo el techo de vidrio del cristianismo popular se encontrarán descubiertos: entonces, amargados y desilusionados, ellos se volverán con furia contra el evangelio, la Iglesia y cada forma de religión. El cinismo, el materialismo y la incredulidad se cobijan en el mundo de nuevo como lo hizo después de la Primera Guerra Mundial". Esas palabras son duras, pero son sólo otra manera de decir lo que está profetizado en Hebreos 12:26,27.

El apóstol Pablo le había concedido mucho tiempo a Asia, y dice que "*no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios*" allá (Hechos 20:27). Sin embargo, después él hizo colocar en el registro sagrado el contenido de su oración ferviente por estos santos, y que la oración se trataba de que ellos tuvieran conocimiento del motivo de Dios para lo que fueron llamados en Cristo, el contexto de la oración demuestra que la Iglesia es el gran complemento – "plenitud"– de Cristo, sin el cual Él no es completado (cfr. Efesios 1:15-23).

A pesar de que han sido y son distinguidos maestros de la Biblia que sostienen que no todos los creyentes nacidos de nuevo están en el Cuerpo de Cristo, no es necesario llevar a cabo este punto de vista para ver que el Nuevo Testamento no sólo enseña, sino que denuncia que es imperativo que todos los creyentes nacidos de nuevo debe llegar al "pleno conocimiento", y que se refiere a Cristo y su Iglesia.

No hay nada en todo el reino de la revelación divina que haya sufrido tan furioso y polifacético antagonismo de las fuerzas del mal, como el conocimiento de la verdadera naturaleza de la Iglesia. Pablo ha indicado esto claramente al final de ese profundo documento sobre este tema –"La Carta a los Efesios". Nada ha sufrido tanta confusión e incomprensión. Esto es en sí importante, e indica cuán importante es esto, y lo necesario que es tener la rectitud y la

verdadera comprensión sobre esto. Sería casi imposible describir lo que haría un tremendo impacto en este mundo y en el reino de la oscuridad ante una verdadera realización y expresión de la Iglesia. Sería no menos impactante que la manifestación del trono de Cristo, como exaltado "*por encima de todo*". También es claro que a los creyentes que tienen su vida sobre una base corporativa, que hay muchos y reales valores, contrastando con la debilidad, la pobreza, y los peligros del mero individualismo.

En tiempos del Nuevo Testamento todo el infierno se levantó para evitar que las iglesias locales llegasen a existir. La importancia de la presencia de los apóstoles, en cualquier ciudad, fue plenamente reconocida por las fuerzas del mal, y ellos –los apóstoles– estaban destinados a ser expulsados o muertos. La existencia misma de una iglesia local era un testimonio, y una encarnación de la victoria de Cristo y la autoridad sobre los poderes del mal. Cuando la Iglesia nació de semejante esfuerzo, su vida espiritual debía ser reducida por cualquier medio. Como Moisés en las manos de Faraón, y Jesús en las manos de Herodes, el niño debe ser asesinado. Alguien o algunos pocos tendrán que trabajar inicialmente (y tal vez, como con Pablo, "de nuevo") para la edificación de las iglesias que son una verdadera representación o encarnación de Cristo. La importancia de Cristo en cualquier lugar es demasiado grande para ir sin que sea desafiado, y ninguna forma de oposición estará sin usar, a fin de evitarlo o desacreditarlo.

Para poder seguir adelante "feliz" y tranquilo, con el favor mundano, no es necesario un testimonio de un significado espiritual. La consideración de las «iglesias del Nuevo Testamento» debe tener en cuenta estos hechos.

Capítulo Dos

LA INSATISFACCIÓN DIVINA

La necesidad de la crisis

La primera parte de esta consideración ha sido un estudio y exposición general de la naturaleza y finalidad de la Iglesia (universal) y de las iglesias (en lo local). Vamos a proceder ahora a mirar los fundamentos, pero algunas cosas ya dichas necesitan de alguna aclaración y ampliación, y el asunto que vamos a considerar ahora servirá para este propósito, y toca vitalmente los inicios de la Iglesia en sus dos aspectos, lo universal y lo local. En un punto hacemos una declaración que, si no se entiende bien, podría llevar a una posición falsa y a lamentables resultados. Fue esta: "El reconocimiento de la Iglesia es un acontecimiento que es de carácter tan revolucionario como la emancipación de todo lo meramente tradicional, histórico, y de los sistemas terrenales; como lo ven los apóstoles, y sobre todo Pablo".

Esto es tan importante, que debe mantenerse en el contexto. En otras palabras, esto es tan necesario, que el "reconocimiento" debería ser realmente un acontecimiento. Hay muchos que logran "activar la salida", y se convierten en personas o movimientos "libres", por encima de cualquiera otra motivación, u ocasión de una crisis espiritual por ver la manera positiva del Señor. Esto a menudo conduce a una mayor limitación y negación de lo que se encuentra en la posición que les queda. Es cierto que Pablo, en un momento dado, llegó a una crisis definitiva frente al judaísmo, y a partir de ese día, dijo: "*He aquí, nos volvemos a los gentiles*" (Hechos 13:46b). Pero eso no es lo que motivó que él, o los demás apóstoles, entraran a la Iglesia. Algo sucedió en el interior de ellos antes de que ocurriera lo del exterior. Sus espíritus se adelantaron a sus cuerpos o a la razón. Ellos migraron interiormente; el Espíritu Santo los llevó incluso cuando ellos no habían contemplado –o tal vez ni pretendido– el camino. Todo fue un movimiento espiritual, no algo de los hombres. Fue el Espíritu Santo inculcando la importancia de Cristo.

Estamos ahora trayendo aquellas más positivas características y principios de un movimiento divino. El primero de ellos es fácil de afirmar sin riesgo de equivocación. Incluso las mismas palabras utilizadas están abiertas a una interpretación falsa. Esto se debe a que estamos en presencia de una de las muchas aparentes paradojas que abundan en la Biblia. La paradoja aquí es eso de Cristo satisfaciendo el corazón, mientras que el Espíritu ejerce gran alcance en los siglos. Sin embargo, cuando se entiende bien, este primer rasgo es

perfectamente claro en toda la Biblia, y se ve claramente en todos los movimientos de Dios. Desde la constitución misma del hombre, desde su separación inicial, siempre ha sido para hacer una digresión –y la historia es un largo relato de la separación humana del camino de Dios– todos los movimientos de retorno de Dios han sido el resultado de otro poderoso elemento que está trabajando. Este elemento es lo que podemos llamar:

El descontento divino

¡Debemos destacar en gran medida la palabra divina! Mientras que "la Palabra del Señor" puede haber llegado a patriarcas, profetas, jueces, apóstoles, lo que resulta en una comisión y un mandato, es muy fácil de discernir que, antes o por esa palabra, no se encontró en ellos una inquietud, una insatisfacción, una sensación de que había algo más en la intención de Dios. Internamente ellos no estuvieron clarificados y satisfechos. Tal vez ellos no podían definirlo o explicarlo. Ellos no sabían lo que querían. No se trataba sólo de una disposición descontentadiza o natural. No fue sólo la crítica, o el tono quejumbroso, o "sin enfado", un espíritu de estar "haciendo el gobierno", como de un descontento. Dios no estaba satisfecho, y Él se estaba moviendo. Estos espíritus sensibles, como Abraham, Moisés, Samuel, Daniel y Nehemías, y una multitud de otros en todas las edades –tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento– han sido pioneros de Dios, a causa de una unión interior con Su divino desagrado.

Por supuesto, este es un aspecto de todo progreso espiritual, pero es muy cierto en cada cosa nueva de Dios. Sin embargo, estaremos estableciendo las bases de la diferencia entre el descontento natural y el espiritual, del humano y el divino, pero por el momento estamos preocupados con el hecho y el principio. Si este descontento es verdaderamente una actividad divina, no será una cuestión de mera frustración humana. No tendrá nada que ver con la ambición natural o la agresividad. Se resolverá en una pura cuestión de la vida espiritual o de la muerte. Se convertirá en una fatiga del alma.

Los intereses personales y mundanos dejarán de gobernar. Lo que es la política desde la perspectiva de las ventajas en esta vida no podrá indicar el camino. Puede haber una restricción divina en el tiempo, pero la inevitable cuestión final es conocida en el fondo. Se sabe que una crisis es inminente, y la salida es la de la obediencia a la manera del Espíritu, o la entrega a la astucia. Si el espíritu es puro, y la vida en Dios es abundante, habrá un creciente sentimiento de "no pertenencia" de los bienes que ya se han sacado del corazón, o estar apartados con el Señor, y es sólo una cuestión de ser «obedientes a la visión del cielo».

La respuesta a la insatisfacción de Dios

Cuántas veces, cuando hemos entrado en algo nuevo del Señor, hemos sido capaces de decir: "Esto es lo que he estado buscando y anhelando. Yo no sabía lo que era, pero esto responde a un llamado profundo de mi corazón, que me ha mantenido insatisfecho durante años". Por lo tanto, como la confesión o la salvación de un individuo es siempre acompañada de la sensación de haber vuelto a casa, una iglesia local debe ser la reunión de un regreso a casa, la provisión de una profunda necesidad, la respuesta a un anhelo profundo, justamente "mi hogar espiritual". El espíritu ha estado girando en torno a un viaje y búsqueda espirituales, y ahora se ha encontrado –o está comenzando a encontrar– la respuesta. Esta búsqueda nunca llegará a su fin hasta que al final estemos todos en casa, pero algo directamente de acuerdo con el final, y de la esencia misma de la aplicación plena, debe encontrarse en la representación de "la familia de la localidad".

¿Hemos dejado esto en claro? ¿Ve usted que "las iglesias no deben ser sólo las congregaciones, predicando lugares, o prefiriendo lugares para las observancias religiosas? Deben ser, en su creación, constitución y continuación, la respuesta a la insatisfacción de Dios, que le proporciona la respuesta a Su prolongada búsqueda en los corazones de todos los interesados. Si hay una cosa que Dios ha hecho muy clara, es que Él se ha comprometido con la plenitud de Su Hijo, Jesucristo. Esa plenitud es encontrar su primera realización en la Iglesia, "que es la plenitud de Él". Por lo cual Dios sólo se comprometerá con lo que está en consonancia con ese propósito. Como hemos dicho en otra parte, puede tomarse como un axioma que, si vamos a encontrar a Dios comprometiéndose consigo mismo, es indispensable que estén totalmente de acuerdo con su objetivo en un momento dado.

La cruz impide y señala el camino

Pero Dios debe tener una forma clara y libre. La Iglesia y las iglesias no son ahora el punto de partida de Dios, aunque deben estar muy cerca de eso. Hay que hacer un trabajo serio antes de que pueda haber una verdadera expresión de la Iglesia en cualquier localidad. Por lo tanto, con una simple mirada a través de la Biblia quedará claro que la misma puerta de la Casa de Dios era el altar. Allí se cerró el paso, y al mismo tiempo se abrió el camino hasta el Santuario. En el Nuevo Testamento, por supuesto, es Cristo crucificado en línea directa con el Pentecostés, la Iglesia, y las iglesias. La Cruz impide el camino y a la vez señala el camino.

Pero cuando se llega a la Iglesia (por así decirlo), eso no es el final de la labor

de la Cruz. Cuando hemos entrado, la Cruz todavía sigue rigiendo. Así acontece que, en el Nuevo Testamento, tenemos un enorme acopio de la Cruz en la Iglesia y las iglesias. Es evidente que, cuando el progreso espiritual hacia la plenitud definitiva de Cristo fue detenido o impedido, o cuando las cosas se contaminaron o se desordenaron, el Espíritu Santo, a través de cartas de los apóstoles, o de una visita, trajo la Cruz, con un completo significado o un vigoroso énfasis. Esto se puede ver de inmediato, cuando leemos las cartas como las de los "Romanos", "Corintios", "Gálatas", "Efesios", "Filipenses", "Colosenses", y "Hebreos", con la Cruz como la clave. Se trata de volver a Cristo crucificado a que invariablemente el Espíritu conduce o llama, cuando la pureza, la verdad, la vida, el poder y la libertad están siendo cuestionados.

Entonces, ¿cuál es la relación particular de la Cruz con la Iglesia, y con las iglesias locales mismas?

Sin duda, la Cruz dice que en cualquier expresión verdadera de Cristo, individual y colectiva (que es el único objeto de su existencia), no hay lugar para el hombre natural. ¡Cristo crucificado va más allá de la puerta, que es la expiación, la justificación, la santificación como la aceptación a través de la fe. Cristo crucificado es, en la representación, la devastación de toda la raza de la vieja creación, con su naturaleza. El grito agónico del Dios abandonado, los signos que acompañaron ese momento: un sol oscurecido, terremotos y resquebrajadas rocas, todo comprometido con el poderoso "NO" de Dios y del cielo a la creación. Ese fue el todo-incluido clímax de cada indicador de la muerte a través de los siglos pasados.

La muerte de Cristo fue infinitamente más que el martirio de Jesús. Es universal y eterna. En este todo-incluido veto fue encerrado cada reino afectado e infectado por la influencia corruptora y el contacto de Satanás. Volver a poner en alguna esfera de Dios cualquier cosa que se encuentra bajo la prohibición es, por un lado, negar y contradecir la Cruz, y por otra parte, tarde o temprano para encontrarse con una segura devastación. Esto se demostró muy temprano, como un signo de instancia, en el caso de Ananías y Safira (Hechos 5), así como por otros en "Hechos", y en Corinto, que introdujeron un razonamiento natural, pasiones y comportamientos en el ámbito de la jurisdicción del Espíritu Santo. Es como si el Espíritu Santo hubiese pensado apoderarse de la Cruz y herirlos de muerte, o, en algunos casos, muy cerca de eso.

El supremo "Yo"

Hay una historia muy trágica que figura en lo que hemos dicho aquí, no menor que la debilidad, el reproche, la confusión y la ineficacia de la Iglesia y

las iglesias. El hombre natural sirve a sí mismo de la Iglesia. En esto él demuestra su importancia, su ansia de poder, su deseo de auto-expresión (muy a menudo en el ministerio en sí mismo), y muchos otros aspectos de su individualidad –esa cosa satánica que fue engendrada en la raza, cuando el supremo “Yo” adquirió la voluntad del hombre por un acto de fornicación espiritual, porque eso es lo que resultó ser.

En las iglesias, es demasiado a menudo –y mucho, por cierto– que encontramos en las personas a ellos mismos, y no supremamente a Cristo. Al principio, en lo esencial, como lo veremos más plenamente en la actualidad, era el hombre espiritual como de pie frente al "hombre natural". Como la Iglesia universal se basa únicamente sobre el fundamento de Cristo crucificado, sepultado y resucitado, así las iglesias deben tener el carácter de ese fundamento. Cada miembro debe ser un hombre o una mujer crucificada. Cada ministro debe ser un hombre crucificado, y dar evidencia de eso. Ningún hombre debe predicar sobre cualquier otro motivo que el que está compelido por el Espíritu Santo. El hombre no debería tener afición natural por la predicación. ¡La ambición por la predicación debe ser crucificada! Nosotros ciertamente creemos que antes de que pueda surgir una verdadera expresión de iglesia, el fundamento de la Cruz debe ser profunda y realmente establecido con efectos devastadores en toda «carne».

Pero, si el Señor se propone tener tal expresión, la aplicación de la Cruz explicará el significado. Esto, y en la naturaleza de las cosas no se puede, no se hará todo a la vez. El movimiento hacia la plenitud es progresivo. Así, una y otra vez, ese movimiento está marcado por los ajustes más complejos, renunciaciones, purificaciones, de nuevas y más profundas obras de la Cruz. Para mayor plenitud de Cristo, debe haber una profunda desesperanza de cualquier virtud, habilidad, recursos, distintos de Cristo resucitado y presente en el Espíritu Santo. No podemos "formar" o "fundar" iglesias como esta, pero el Señor puede traer a la existencia un núcleo de líderes crucificados, construyendo con eso y sobre eso. Si colocamos Mateo 16:18 al lado de Juan 12:24, veremos que la primera cita es una declaración del propósito e intención, y la segunda es la forma en que se iba a producir. De esa manera es la forma orgánica, es decir, por la muerte y resurrección, en el que cada porción de grano, y a la que todos los granos, individual y colectivamente, son un testimonio.

Capítulo Tres

LA DEVASTACIÓN DE LA CRUZ

El motivo de estos editoriales es un ejercicio amplio y serio sobre la naturaleza de la expresión local de la Iglesia. Mientras proseguimos esta investigación, estamos logrando situarnos cada vez más cerca del corazón de la cuestión. El fragmento más importante es que confiamos en que estamos cada vez más claros en cuanto a su significado real para cada representación local, de los "dos o tres", reunidos en el Nombre, cualquiera que sea el mayor número que pueda haber. Dejemos, entonces, llevarlo de regreso a lo correcto: no es una expresión o representación de alguna cosa, aunque sea llamada 'La Iglesia', como extra o fuera de Cristo, sino la presencia y la expresión de Cristo mismo. A esta realidad esencial nos la aplicamos ahora a nosotros mismos a lo largo de una más de las líneas que se encuentran en Él.

Pedro como representante

Todos estamos de acuerdo en que, aunque la revelación plena de la Iglesia ha llegado a través de Pablo, Pedro fue el objeto al que fue dado tanto la promesa (Mateo 16:18) como la manifestación de la realidad (Hechos 2). Mientras tanto –demasiado, diría yo– de lo que se ha hecho de esto en el curso de la historia eclesiástica, estamos de acuerdo en que Pedro estaba en un lugar extraordinariamente importante al comienzo de la Iglesia en este mundo. Así que vamos a buscar a Pedro, con el fin de conseguir el factor más fundamental de todos en la Iglesia y las iglesias.

Cuando Pedro se sentó a escribir su carta circular a "*los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos*", comenzó con una doxología. Doxología que giró en torno a la vida con la esperanza que proviene de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Pedro, quizá más que todos los hombres, ¡tenía motivos para una doxología sobre la resurrección de Jesús!

Pero tomemos a Pedro como representante de todos aquellos que se habían convertido en seguidores del Señor Jesús en los días de su carne; no sólo de los doce, sino que es evidente que hubo un número bastante importante de llamados más allá de las doce. Estaban los setenta, y, más allá de los setenta, muchos más que siguieron a Jesús, y tenían un apego a Él. Pedro puede ser tomado como, en un sentido muy real, representante de todos ellos.

La devastación de la cruz

Estamos pensando en este momento particularmente acerca de los efectos de la cruz sobre Pedro y sobre todos ellos. La devastación total, y luego la desesperación que les ha provocado la cruz del Señor Jesús. Por lo cual nos dice que todos eran "*expatriados de la dispersión*", y sabemos cómo, incluso antes de que la Cruz se convirtiera en una realidad, cualquier referencia a ella trajo una reacción terrible. De vez en cuando el Señor lo hizo simplemente para hacer alguna mención de su inminente muerte, y, al hacerlo, muchos se fueron, y no siguieron más con Él (Juan 6:66). Por otra parte, otros decían: "*Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?*" (Juan 6:60). Al parecer, se fueron también. El mismo pensamiento y la perspectiva de la Cruz fue imposible de aceptar. Cuando eso llegó, Pedro, como el centro mismo de todo los seguidores, se encuentra involucrado en la más vehemente negación, con una terrible negación de cualquier asociación con Cristo –y esto justamente por la cruz; y todos ellos concuerdan en eso, aunque no en palabra y en la misma forma de expresión, para decirnos que "*todos los discípulos, dejándole, huyeron*" (Mateo 26:56). Y Él les había dicho: «*Seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo*» (Juan 16:32). Y eso se convirtió en realidad.

Entonces nos reunimos con ellos después de Su crucifixión. Nos encontramos con los dos en el camino de Emaús; allí vemos la encarnación misma de la desesperación. Para ellos, todo se había ido, se había hecho añicos. Todas sus esperanzas, y su esperanza, fueron eclipsadas. «Teníamos confianza...», o "*Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel*" (Lucas 24:21). Ahora todo había desaparecido, y la esperanza puesta en su tumba.

De vez en cuando nos encontramos con Tomás, y sabemos lo que Tomás pensó acerca de la Cruz. De nuevo él estaba en las garras de una terrible desesperación y desesperanza –la pérdida de la fe, la pérdida de la garantía. A medida que avanzamos a través de los cuarenta días después de la resurrección, nos encontramos con que el Señor en repetidas ocasiones tuvo que reprenderlos a ellos, reprenderles, por su incredulidad. "*No lo creyeron*", dice (Marcos 16:11,13,14). «*Algunos dudaban*» (Mateo 28:17). Podemos ver lo que había sido un choque de la Cruz. No he utilizado una palabra muy fuerte cuando me han dicho que la Cruz fue nada menos que la devastación de todos los seguidores del Señor Jesús. Y justo en el corazón de todos ellos estaba Pedro; podemos decir que todo estaba concentrado en él. Debe haber sido así, en vista de lo que había hecho. Ponte en su lugar, si puedes, y trata de ver si tú tienes más esperanza por algo, o por ti mismo. ¡No! ¡No!

El Uno esencial supremo

Ahora, como pasaron cuarenta días de esto, cuarenta días de apariciones, desapariciones, de ir y venir, motivó que se conociera, de manera constante, el hecho de que fue resucitado, entonces día a día se fue superando esa desesperanza y esa incredulidad; y fue la creación de una nueva esperanza. Pero, incluso después de cuarenta días de darse todo eso, lo más importante es todavía insuficiente. Tú podrías pensar: "Bueno, teniendo en cuenta todo eso, ellos tienen suficiente incentivo para seguir adelante". Pero no; lo verdaderamente vital, incluso en ese momento, aún les faltaba. ¿Qué es? ¡Es Cristo dentro de ellos! Todo eso lo veían –¡Sí!, pero no a Cristo dentro de ellos – todavía. De ahí, por tanto, Su método de retención: «*Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto*» (Lucas 24:49). "No te muevas aún. Con todo lo que tú tienes, realmente no has llegado aún al asunto vital, a lo esencial. Y eso es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. ¡Cristo en vosotros!

Por eso los apóstoles fueron tan particulares como los conversos recibiendo el Espíritu Santo antes de sentirse seguros acerca de su conversión. Por lo tanto, allí estaban todas las noticias –no había ninguna razón para creer que las noticias eran falsas, meros rumores– sobre las cosas que estaban sucediendo en Samaria. ¿Acaso no dijo el Señor que iban a ser testigos de Él en Samaria? (Cfr. Hechos 1:8). La noticia viene de las cosas que suceden, de las personas que se convierten al Señor, las reales conversiones que tienen lugar en grandes cantidades. ¿Por qué no estar satisfecho con el informe? Es una buena noticia, y seguramente no hay ninguna razón para dudar de ella. Pero no, los apóstoles no están satisfechos con eso. Ellos enviaron a algunos desde Jerusalén, y cuando descendieron a Samaria, les impusieron sus manos sobre ellos, para que pudieran recibir el Espíritu Santo (cfr. Hechos 8:14-17). Vemos una y otra vez, cómo sucede esto. Para ellos, las cosas no estaban realmente resueltas hasta que estuvieran seguros de que Cristo estaba en el interior de los nuevos convertidos –que Cristo estaba en ellos, lo que está diciendo lo mismo que «recibir el Espíritu Santo», el Espíritu de Jesús. Eso, digo yo, es lo que el Señor dijo: «Quedaos aquí, y no os mováis todavía". Y es por eso que los apóstoles fueron tan meticulosos en este asunto de «recibir el Espíritu Santo».

Eso, también, es por lo que el Espíritu Santo dio evidencias, en aquellos tiempos, que había venido al interior de ellos. Creemos que este libro, el libro de los Hechos, es un libro de principios fundamentales para la dispensación. Cuando los principios están establecidos en el primer caso, Dios siempre los afirma con poderosas evidencias de que son los verdaderos principios –que son las cosas que rigen para todos los tiempos. Dios pone Su sello en ellas. Así que, cuando recibieron el Espíritu, se manifestaban las evidencias del Espíritu.

Ellos hablaban en lenguas, grandes cosas que sucedieron. Era claro para todos, sin duda alguna, que el Espíritu estaba en el interior de ellos; Cristo había entrado en ellos. Ese Cristo universal, que trasciende todo lenguaje humano; ese Cristo de los Cielos, que trasciende todas las cosas de la tierra –Él había llegado, y fueron dadas las evidencias.

No hay ninguna duda sobre esto, que el asunto de Cristo dentro de nosotros es la esencia fundamental del cristianismo. Tú puedes tener los más poderosos hechos –los más poderosos hechos de Su nacimiento, de Su maravillosa vida, Su muerte, Su resurrección– y es posible que todos ellos sean los más poderosos de los hechos, y todos pueden ser impotentes, sin fuerza suficiente, hasta que Él esté dentro de ti! Esta es una declaración tremenda, pero es confirmada por al menos esta triple verdad: Quédate allí –no te muevas todavía, pues ¡lo esencial no ha tenido lugar después de todo! Asegúrate de no dejar nada al azar ¡Que no sea sólo una recuperación emocional en Samaria! Lo que puede parecer en el exterior, para demostrar que algo ha sucedido, ¡asegúrate de que lo tienes dentro! Asegúrate de que Cristo está dentro de ti –de que el Espíritu Santo está dentro de ti. ¡Asegúrate! Porque, como lo veremos a medida que sigamos adelante, puede que tengas mucho –y, a continuación, por lo vital que falta, es posible que se produzca una catástrofe, como les sucedió a ellos.

Esta esperanza poderosa no descansa sólo en razones históricas –es decir, en el terreno del Jesús histórico. Esta esperanza se basa en la poderosa realidad interior –¡Cristo en vosotros! Eso es super-histórico. Y para el pleno significado de todo – el misterio que ha estado oculto de todas las generaciones– y ha estado allí a través de generaciones; pero ahora se dio a conocer, que *“es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”*, conforme el registro del apóstol Pablo,.

El fundamento insuficiente

Ahora, tanto por un enfoque general en la materia, vamos con mayor detalle a considerar a Pedro, y a los otros que sin duda representa.

En primer lugar, en aquel tiempo, en cuanto a la desesperanza, en última instancia, de una asociación meramente exterior con Cristo, aunque por lo menos sincera. No hay duda acerca de la sinceridad de Pedro o de cualquiera de esos seguidores. Ellos eran sinceros; había una devoción a Jesús, sus motivos no podían ponerse en duda, era con buena intención –no hay duda de ello. Habían dejado todo y le siguieron; y seguir a Jesús de Nazaret en aquellos días les involucraba en una cantidad considerable de problemas, al menos con la gente altiva, y el sistema político y religioso imperante. Su asociación con Él, sin duda, significaba algo.

Además, aunque tal vez no eran plenamente capaces de ver y entender,

mientras que ellos no estuviesen en la plena luz de quién era Él –el hecho de quién era Él estaba presente con ellos.

Por ejemplo, está el hecho de la Encarnación –el hecho de esto: que este Uno en medio de ellos era Dios encarnado, era el Hijo de Dios, era Dios descendido del cielo para vivir en forma humana. He aquí el hecho. Estaban en estrecho contacto con este hecho cada día de sus vidas.

Entonces, estaba el hecho de Su personalidad: y no había forma de evitarlo, que ¡se trataba de una personalidad! Quiero decir, había una Presencia donde Él estaba, que era diferente, que se hizo sentir, que se registró. La suya fue una muy, muy impresionante Presencia, más allá de cualquiera otra persona con la que pudiese haber una asociación, o de los que ellos tenían algún otro conocimiento. Hay un misterio en torno a este Hombre; tú no puedes penetrar en Él, no lo puedes explicar a Él, no lo puedes comprender; Él es más, Él es diferente. Y a donde quiera que venga, Su Presencia tiene un efecto, y un efecto tremendo. ¡Es el hecho de Su Personalidad!

Y entonces, aunque no sabemos hasta qué punto fue, estaba el hecho de María y su secreto. No sabemos a cuántos habló de su secreto; se nos dice que ella *"guardaba todas estas cosas en su corazón"* (Lucas 2:19,51). Pero sí sabemos que algunos lo sabían. Sabemos que ella le contó todo a Elizabeth sobre eso; y Zacarías lo sabía; y Juan el Bautista conocía el secreto de María. Ella estaba allí con todos ellos. Existe el hecho de María y su secreto –que sin presionar demasiado, sin embargo está ahí.

Luego está el hecho de los milagros –no podemos muy bien salir de ellos. Milagros en el ámbito de los elementos –el mar y el viento; milagros en el reino de la naturaleza –como dice nuestro himno: "Era primavera, cuando Él tomó los panes, y de la cosecha cuando Él venció". Milagros en el ámbito de la enfermedad y el sufrimiento, e incluso muerte; Su curación, y Su elevación de entre los muertos, como el hijo de la viuda de Naim. Estos son hechos. Y entonces, en el ámbito de los poderes del mal –amordazar a los demonios y echarlos fuera, y liberación de los endemoniados. Estos fueron todos los hechos presentes delante de ellos. Es una tremenda acumulación de pruebas.

Además, el hecho de la enseñanza: que, sin educación especial, Él llenó de perplejidad, confundió y derrotó a las autoridades de Su tiempo –todos los hombres de información y conocimiento, los escribas, los doctores de la ley, los mejores representantes de la intelectualidad de los judíos. En ocasiones llegaron a escoger sus mejores intelectuales, para ir y tratar de sorprenderle en Sus mismas palabras, y estos mismos hombres tuvieron que hacerse la pregunta: *"¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?"* (Juan 7:15). Allí radicaba el hecho de Su enseñanza.

He aquí una tremenda publicidad. ¡Qué situación! Tenían todo eso (y ¡cuánto más que abarcar!); y, sin embargo, al mismo tiempo estar en posesión de la masa total de los hechos poderosos y realidades acerca de Él, y mientras vivían en la más estrecha comunión con Él, les fue posible saber todo el caos y la desesperación de la Cruz. Me atrevo a decir que tú y yo, probablemente pensaríamos que, si sólo tuviéramos un poco de eso, estaríamos seguros para siempre, nunca tendríamos razón alguna para dudar de nuestra salvación. Y lo tenían todo, y sin embargo aquí los tenemos después de la cruz en la desesperación absoluta. No he exagerado, no creo que se podría exagerar en este asunto. Cuando llegó la prueba suprema, todo lo que no los salvó, había falta de Uno esencial para hacerlo todo vital, para que fuese el mismo triunfo en la hora de prueba. Ese uno esencial es Cristo –ese Cristo– en ti. En tanto que todo eso es objetivo, en el exterior, aunque tú puedes estar en estrecha asociación con todo, todavía hay algo que falta. Y lo que falta puede significar un desastre, por lo que hizo con ellos.

Por la resurrección nació una nueva esperanza, por la resurrección vino al mundo y a la vida humana un nuevo poder, por la resurrección se le abrió el camino a Cristo para que cambiara Su posición desde el Cielo –desde el exterior– en la vida interior del creyente. Todo tiene que ser "*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*". Esto es justo la naturaleza esencial de esta dispensación en la que vivimos. En la dispensación anterior, el Espíritu se movía desde el exterior. Jesús dijo: «Cuando Él venga, Él estará en vosotros». Ese es el cambio de dispensaciones; ese es el carácter de esta presente dispensación –el Espíritu interior. ¿Cuál es el secreto del poder de la Iglesia? ¿Cuál es el secreto de la vida del creyente, la fuerza, la persistencia, resistencia, el triunfo contra todo el infierno y el mundo? ¿Cuál es el secreto de la gloria final? Es Cristo en vosotros; en otras palabras, que real y definitivamente tú hayas recibido el Espíritu Santo.

¡Cuán importante es esto! Que tú y yo sepamos que nuestro cristianismo, nuestra fe, no se apoya en los hechos aun más históricos, sino que sabemos que Cristo está dentro de nosotros, sabemos que hemos recibido el Espíritu Santo. Ese es el secreto de todo.

Llevemos esto un poco más allá, y consideremos lo siguiente: la desesperanza de trabajar para Cristo sin Cristo en tu interior.

¹³Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. ¹⁴Y estableció a doce, para que estuviesen con él" (Marcos 3:13,14); y designó a setenta, y los envió, y les dio poder sobre los espíritus inmundos, y sobre toda clase de enfermedades, y salieron y volvieron con gran alegría, diciendo: "Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre" (Lucas 10:1,17). ¡Tremendo! «Sanad a los enfermos» –Sí– "limpiad leprosos, resucitad muertos,

echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia" (Mateo 10:8). Y volvieron con gran alegría; se hizo; ¡ellos lo habían visto! Y tú tienes esta imagen devastada de estas mismas personas después de la cruz –las mismas personas. Tú dices: ¿Esto es posible? ¿Esto es real? Si conoces tu propio corazón, sabrás que es posible. Pero ¿cuál es el significado de esto?

En el caso de los «doce» y los «setenta» hemos establecido un hecho extraño, maravilloso, y casi aterrador. Es que, en el amplio alcance del gobierno soberano de Dios –que es otra definición de «Reino de Dios»–, dentro del Estado soberano de Dios, muchas cosas se obtienen con sólo expresar la soberanía. Ellos no son de la esencia fundamental y permanente de Dios mismo, como en la naturaleza de las cosas, ellos son las obras de Dios. Digo, dentro de ese vasto ámbito de Su gobierno y Su reinado, Dios tiene un sinnúmero de instrumentos de Su soberanía –ya sea oficial, ya sea providencial– que Él sólo utiliza en su soberanía con relación a su propósito. Hay un propósito para ser servido, un fin para ser alcanzado, con respecto a Su Hijo, Jesucristo: Tiene que darse a conocer en este mundo que el Reino de Dios está cerca, y que Jesucristo es el centro de ese Reino. Y, a fin de hacerlo saber, Dios empleará soberanamente incluso al mismo diablo! Su soberanía reúne en sí muchas, muchas cosas que no son esencialmente de la naturaleza de Dios.

Tal vez tú te hayas sorprendido a veces, y te has preguntado perplejo y atónito el por qué Dios debe usar eso, y eso, y eso, y a tal y tales personas. Seguramente te hayas inclinado a decir: "Todo es contrario a lo que creo que es necesario a Dios para Su trabajo. Veo que la Biblia dice que los instrumentos tienen que ser de acuerdo con la mente de Dios, a fin de ser utilizados". Pero la historia no ha confirmado lo contrario. Como digo, Él ha usado el diablo, y el diablo no está de acuerdo con la mente de Dios. Hay una soberanía de Dios extendida con relación a Su propósito.

Pero cuando tú has dicho eso, es un hecho alarmante cuando llegas a la obra de Dios. Quiero decir esto, que podamos estar trabajando para Dios, y hacer muchas cosas grandes como empleados del Reino de Dios, según la ley de Dios, y luego, al final, ¡ser echados fuera! Al final, nosotros mismos sólo podríamos ir maltrechos. Aquí está esta cosa extraña, que estos hombres salieron, doce y setenta, con esta "autoridad delegada" –esta autoridad delegada–, y ejerciéndola, y resultando grandes cosas, y luego esas mismas personas se encuentran, después de la Cruz, con su fe destrozada, nada para descansar. ¿Tú qué dices?

La deficiencia hecha buena

¡Gracias a Dios, el libro de los Hechos transforma toda la situación! Debido a

que el libro de los Hechos trae este nuevo factor poderoso: que Cristo, que había delegado la autoridad, ahora mora en nosotros como la autoridad misma. Y las obras son ahora grandes obras, pero las mismas no son sólo el trabajo para el Señor –son las obras del Señor. Todo esto va a demostrar este hecho tremendo: que es "Cristo en vosotros", que es la necesidad indispensable para la vida y el trabajo. Todo lo que ellos tenían en su relación con Él, luego todo eso lo podían hacer por su autoridad delegada –no obstante todos cayeron lejos de ser algo que podría hacerlos triunfantes a la hora de los más profundos análisis. ¡Y eso es algo!

Pablo puso su dedo en la llaga en Éfeso, si recuerdas, cuando dijo: "*¿Habéis recibido el Espíritu Santo cuando creísteis?*" (Hechos 19:2). Esto siempre fue preocupación de los apóstoles, y cada vez motivo de su búsqueda. Sabían que después, si sabían algo, eso era nada, nada; se levantarían a la nada, salvo el mismo Cristo que mora en nosotros.

Ahora, podemos, por supuesto, tener esas dos maneras. Es el lado negativo - la posibilidad casi aterradora que debe ser todo eso, y luego los desastres al final. Pero vamos a considerar lo de manera positiva. Qué cosa tan maravillosa es que estemos en la dispensación, cuando la única cosa que, por encima de todos las demás, que Dios hará realidad, es "Cristo en vosotros" –¡Cristo en vosotros! No es de extrañar que Pedro estallara con su doxología: "*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que... nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos*". Tú necesitas ser Pedro para ser capaz de hablar como él hablaba, haber pasado por el terrible destroz, en esa profundidad inefable de la desesperación, la pérdida de esperanza, para ser capaz de decir "una esperanza viva" –¡una esperanza viva! Y ¿qué es? "*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*".

No, no hay esperanza para nosotros, individualmente, no hay esperanza para nuestras congregaciones, nuestras iglesias, nuestras asambleas, no hay esperanza para el cristianismo –a menos que y hasta que el Cristo viviente, con toda la tremenda importancia de Su venida a este mundo, de Su vida aquí, de Su cruz, de Su resurrección, haya llegado, por el Espíritu Santo en el interior de las cosas, de personas e iglesias, hasta que sea "Cristo en vosotros". Todo lo demás puede estar allí –el credo, la enseñanza; tú puedes, con toda sinceridad y honestidad, decir: «Creo en Dios Padre...» y así sucesivamente –todo puede estar allí, y sin embargo, puede haber casos de desastre en lo que es más frecuentemente declarado.

Es el impacto de Cristo lo que importa. En esos primeros días no podía estar presente sin ser conocido, y eso es lo que tú y yo necesitamos, que es el secreto del poder de la Iglesia. Es la presencia de Cristo en el "interior" de ti y de mí, y de todas las personas juntamente, "este misterio entre las naciones, que es

Cristo en vosotros". Ustedes están entre las naciones, y lo más profundo, la profundidad, lo más inexplicable es "Cristo en vosotros", ya que se encuentran entre las naciones, "la esperanza de gloria".

Es una cuestión de esperanza. Puede ser tocado por una profunda y terrible desesperación; puede ver la desintegración y la interrupción. Lo que necesitamos es un poderoso, la esperanza inmensa, una esperanza de vida –es decir, Cristo, Cristo resucitado, ¡Cristo mismo! Tenemos que ir más allá incluso de la resurrección, hasta donde podamos decir: Cristo es el presente, lo que Cristo significa, como dentro de nosotros.

Capítulo Cuatro

EL TESTIMONIO DE ESTEBAN

Para concluir esta breve serie de editoriales, por el momento, vamos a resumir este asunto de la Iglesia y las iglesias, mirando más en serio en la gran crisis o momento decisivo que tenemos en el Nuevo Testamento.

De lo que podemos distinguir en la literatura pertinente, pensaríamos que de hecho muy pocos – y algunos de ellos sólo indistintamente– han reconocido la naturaleza de los tremendos hechos que giran en torno a Esteban (Hechos 6, 7). Un examen más cuidadoso de Hechos 7, a la luz de todo el contexto del Nuevo Testamento, se traduce en unas muy profundas y de largo alcance conclusiones.

En primer lugar, a través de Esteban se da la confirmación retrospectiva y la explicación de algunas de las cosas más trascendentales y críticas dichas por el Señor mismo en los días de su carne. Demasiado poco se ha tomado en cuenta estos indicios o declaraciones acerca del Señor, que con Él, y como resultante de todo lo de Él era inminente una nueva economía y un orden diferente.

En segundo lugar, con Esteban se dio la contundencia del rompimiento del Cielo con dos significados poderosos. Uno de ellos, el tratamiento de choque a la Iglesia, que, con sus primeros dirigentes, se estabilizó a un cristianismo semi judaico, con el Templo, sinagogas, y Jerusalén como un sistema aceptado. El otro, la presciencia divina y la predicción de que en el período aproximado de cuarenta años (un período significativo) la totalidad de ese orden centralizado y cristalizado se rompería, y se dispersaría, como los fragmentos de un vaso estrellado sobre la tierra, para nunca más ser reconstituido en la dispensación.

Esteban, en su pronunciamiento inspirado, hizo algunas cosas devastadoras. Primero Él rastreó a Cristo en el mover divino desde Abraham, a lo largo de una línea espiritual (a espaldas de todos los instrumentos temporales y materiales), mostrando que lo que estaba en la mente divina era el orden espiritual y celestial, que culmina en Jesús, el Cristo. A paso seguido, Esteban mostró que, históricamente, el pueblo comprometido había fallado en reconocer ese sentido espiritual, ese celestial concepto, y había hecho dos cosas. Habían hecho de lo terrenal y temporal un fin en sí mismo, y le habían concedido la plenitud y la finalidad a eso mismo. Luego tuvieron perseguidos, expulsados o muertos a los que, procurando hacer superior lo espiritual y celestial, habían reprendido su miopía y condenado su falta de espiritualidad. Según Esteban, esto era una corrompida y depravada fuerza que estaba en

acción, aun cuando los símbolos y tipos de lo celestial se habían hecho formal y ritualmente practicados.

El efecto de la declaración de Esteban, y la importancia de la unción del Espíritu Santo –como se desprende de algunas de sus cláusulas– era la de eliminar y de anular el orden del Antiguo Testamento, representado por y centrado en el templo de Jerusalén. La importancia de la llegada de Cristo fue el desplazamiento de lo que era –y es– temporal, por lo que es eterno, el desplazamiento de lo que es de la tierra por lo que es del Cielo; y el desplazamiento de lo meramente local por lo universal. El culto de Israel había terminado para la época.

Un factor, quizás supremo, en la importancia de los hechos en torno a Esteban fue lo que vio al final, y dijo con casi su último aliento: "*He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios*" (Hechos 7:56). Aquí tenemos la realidad central y básica de cierto cristianismo del Nuevo Testamento, de la Iglesia y las iglesias –Jesús a la diestra de Dios. El gobierno, la autoridad, el cuartel general, recae en el Señor ascendió y centrado en el Cielo, no en Jerusalén, ni en ningún otro lugar en la tierra. Entonces, esta es la única ocasión en que, después de que Jesús mismo había usado el título, se le menciona como Hijo del Hombre. Este NO es el título de judíos, es la designación universal. En Daniel tenemos al Hijo del Hombre como recibiendo de Dios "*dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran*" (Daniel 7:14). Ese es el significado de la visión y expresión de Esteban.

Los dirigentes judíos y los acusadores de Esteban eran rápidos y suficientemente astutos como para reconocer las implicaciones, puesto que ellos no tenían por un poco menor que algo tan importante como el "Templo hecho con las manos" hubiese terminado, que la dispensación de la ley hubiese tenido fin. Hubo un llamado implícito de Jesús a la Iglesia, de abandonar el templo, y todo lo que sucedería en torno a esto, y pasar a la mayor, la más completa y permanente realidad. ¡Qué sorprendente e impresionante importancia le da esto a otras dos cosas inmediatamente conexas. Como las estamos viendo, nos vemos obligados a exclamar: "¡Oh, qué maravilloso!"

La primera es que Pablo entra en lo correcto sobre la imagen en este mismo punto. ¿Fue Esteban vaso de Dios para esta gran revelación celestial? ¿Fue él la punta de lanza del movimiento celestial? ¿Fue él la voz del cielo, proclamando, en un momento crucial y peligroso en la historia de la Iglesia, la naturaleza verdadera y eterna de su constitución y su vocación? ¿Quisieron ellos llevarlo hasta la muerte, impulsados por la inteligencia siniestra de los poderes del mal que conoce la incalculable importancia de una Iglesia en el terreno celestial? Muy bien, responde el Cielo, y en la hora de la embestida perversa y destructiva

del infierno, compromete de inmediato la vista del hombre que impartirá por todo el tiempo la revelación en la plenitud de las realidades inherentes al breve ministerio de Esteban. ¡Qué respuesta! ¡Qué ejemplo de que el Hijo del Hombre está en el trono! Las mismas fuerzas de destrucción perseguirán a Pablo durante su vida, pero ese Trono verá la revelación dada en plenitud, y la destrucción es suspendida hasta que se realiza el trabajo.

La segunda cosa impresionante es que el verdadero trabajo del diablo, destinado a reducir y poner fin a este esencial desarrollo, fue hacer converger los verdaderos medios de efectuarlo. La Iglesia universal, y su representación en todo el mundo, tuvo su origen en aquella misma hora y evento. Pedro y Santiago pueden permanecer en Jerusalén, y algunos rígidos legalistas pueden circular por lo menos alrededor de este último, pero Dios se está moviendo, y ellos tienen que coincidir o quedar en la limitación.

Ahora, todo esto, con sus enormemente penetrantes implicaciones, tiene mucho que decir al cristianismo de hoy.

Debido a la estrecha semejanza, tanto de la posición de Esteban y de su interpretación de los tiempos, con la Carta a los Hebreos, algunos le han atribuido la autoría de esta carta a él. No hay ningún valor aquí en el seguimiento del asunto en el ámbito de la autoría o de la crítica textual, pero en la identidad de la posición de ambos es imposible equivocarse. De hecho, "Hebreos" podría muy bien ser considerada como la presentación completa de la crisis y el cambio de dispensaciones efectuada por Esteban (o, para el caso, por Pablo).

La tragedia es que, con "Hebreos" en sus manos, los dirigentes responsables de la Iglesia todavía pueden adherirse a un sistema y forma que no es sino la extensión o prórroga de lo del Antiguo Testamento, con ciertas modificaciones de la fraseología. La inmensidad del cambio y la brecha, ciertamente no ha sido aprendida. Algunas de las cosas más terribles en toda la Biblia se encuentran en esta carta con relación a la crisis y las dos vertientes y reinos. La cuestión no es menor que el de la vida y la muerte.

Todo esto tiene mucho que decir sobre la verdadera naturaleza de la Iglesia y las iglesias. ¡El que tiene ojos para ver, que vea!

